



Jueves Santo, Viernes Santo
tres días antes de la Pascua
cuando el Redentor del mundo
a sus discípulos llamaba.

Llama uno y dos y dos,
par y par se los juntaba
dende que los tenía juntos
a todos les perghuntaba:

“¿Cuál de vos, discípulos míos,
morirán por mi mañana?”
Miran unos pa los otros,
ninguno respondió nada.

Non sendo San Juan Bautista,
predicador da montaña.
“Yo por tu muero, señor.
Yo por tu muero mañana.”

“No quiero, San Juan Bautista,
que por mi padezas nada.
Esta noche tan cruel
para mi estaba ghardada.”

Ya dera la medianoche,
Jesucristo se marchaba
llevaba una cruz a cuestas
de madera muy pesada.



Na beiriña daquel mar
tres Marías encontraba
una era Madalena,
la otra era su hermana,
la otra Nuestra Señora,
la que más pasión le daba.

Una le limpió los pies,
otra le limpió la cara,
otra recibió la sangre
que Nuestro Señor derramaba.

Polo ponte do Belén
iba un pendón colorado
no medio daquel pendón
Jesucristo iba enclavado
a sangre que del caía,
caía nun cál[iz] saghrado.

El hombre que la bebiera,
i-era bienaventurado
neste mundo será rey,
en el otro rey coronado.

El que esta oración dijera
todos los viernes del año
saca una alma de penas,
la suya de un ghran pecado.

Quien la sabe y no la dice,
quien la oe y no la deprende
pa día del Ghran Juicio
verá que conta le tiene.



Señor mío Jesucristo nesta misiña real,
recibín este mangal
polos pecados que fixen,
ó confesor non llos dixen.

Díghovolos a vos Señor,
que bien sabes los que son.
Neste mundo me da paz,
en el otro salvación,
écheme Nuestro Señor
la absolución.